



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 43.

JUEVES 1.º DE ENERO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo 1.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL VATICANO Y LAS COSTUMBRES DE PIO IX.—LAS CEREMONIAS FUNEBRES DE ARGEL, por Rozet.—MEDITACION: por Timoteo Allago.—LOS BARREROS EN LA ANTIGÜEDAD.—LA CIUDAD DE LA HABANA.—LA FUENTE DE LAS CUATRO ESTACIONES: por José Gonzalez de Tejada.—ESCRITORES CELEBRES: Don Diego de Saavedra Fajardo.—EL SALVAJE EN LA BATALLA.—LA BEFFANA: Costumbre italiana del día de Reyes.—ECONOMÍA AGRICOLA: De los desmontes. (Conclusion).—GOCES Y ESPERANZAS: Al celebrado poeta Trueba, por Antonio Perez Rioja.—VARIETADES CHINAS.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

EL VATICANO Y LAS COSTUMBRES

DE PIO IX.

Las vastas salas del Vaticano están adornadas con grandeza y sencillez: las paredes están uniformemente cubiertas de colgaduras encarnadas, y exceptuando el trono pontifical, no se ven allí mas asientos que bancos de madera. Despues de una larga serie de salas ocupadas primero por los guardias y la servidumbre, despues por los diferentes prelados que componen la familia del Papa, se llega á las habitaciones particulares de Su Santidad.

Estos departamentos son pequeños, y aun mas sencillos que los otros. El primero es el gabinete de trabajo del Santo Padre. En él da durante el día las numerosas audiencias de que luego hablaremos. El Papa está sentado en un sillón de madera dorada y terciopelo encarnado. Delante tiene una gran mesa cuadrada, cubierta de seda encarnada, igual á los tapices de las paredes, y encima del asiento hay un dosel del mismo color; para los cardenales y príncipes hay taburetes, y además dos ó tres sillas de madera: tal es el mueblaje de este gabinete.

Esta primera pieza comunica con una segunda igual á la primera hasta en su magnitud, con la única diferencia que en el fondo hay una cama con una colgadura de seda encarnada. Este es el cuarto de dormir del Papá. Despues viene otro cuarto, siempre con el mismo mue-

blaje; es el comedor. El Santo Padre come siempre solo, en una mesa cubierta con un tapete de seda encarnada, como la de su gabinete de trabajo. Por fin viene la biblioteca, que es una grande y hermosa sala, con cuatro ó cinco ventanas, y en la que el Papa celebra generalmente su consejo de ministros.

El Papa está siempre vestido de blanco, lleva un solideo de seda blanca: su sotana es de paño blanco en invierno, por el verano es de lana ligera ó seda blanca. Su ancha faja es tambien de seda blanca con bellotas de oro. El calzado, al cual se le ha conservado el antiguo nombre de *mulas*, es de color encarnado, con una cruz de oro bordada sobre el empeine: esta cruz es la que besa todo el que se aproxima á la persona sagrada del Vicario de Jesucristo.

Cuando sale de sus habitaciones el Papa se pone sobre su sotana un roquete de encaje, una muceta encarnada guarnecida de pieles blancas, y en fin una estola bordada de oro.

Su sombrero va forrado de seda encarnada, un poco levantado por los lados, como el de los sacerdotes de nuestro país, y adornado con unas borlitas de oro. El uso de la corte pontificia no permite que salga por las calles de Roma sino en coche. En saliendo de la ciudad, da con frecuencia largos paseos, deteniéndose para hablar á los pobres y los niños con mucho placer, y dando su santa bendicion á todos los que encuentra. Desde que se ve al Papa, toda la gente se descubre y se pone de rodillas, en testimonio debido á su carácter de Sumo Pontífice.

El Santo Padre se levanta temprano, y despues de sus oraciones, pasa á la capilla á decir misa. Esta capilla es pequeña, y está próxima á la habitacion del Papa. El Santísimo Sacramento está siempre reservado en ella; y Pio IX, llevado de su devocion á la Sagrada Eucaristía, cuida por sí mismo de las lámparas que arden de continuo ante el tabernáculo. El Papa Pio IX celebra la misa mayor muy despacio y con mucha reverencia. Generalmente dice la misa á las siete y media, y mientras da gracias, oye

otra segunda misa celebrada por uno de sus capellanes. Despues reza de rodillas con uno de los prelados de la casa una parte de las horas canónicas por su Breviario, y entra en sus habitaciones.

El desayuno del Papa consiste en una taza de café nada mas. Conocida es la sobriedad italiana, y esta es la primera comida de casi todos los romanos. Hasta eso de las diez trabaja todos los días el Padre Santo con su primer ministro, que lleva el nombre de secretario de Estado. Está principalmente encargado de la administracion temporal de los Estados de la Iglesia.

A la diez empiezan las audiencias, ocupacion penosa, y que seria muy molesta, si en ellas no se tratase de las mas importantes cuestiones y de los intereses mas graves de la religion y de la sociedad. De todos los puntos del globo van cardenales, obispos, príncipes, embajadores, misioneros, sacerdotes y fieles que espone á los pies del jefe de la Iglesia sus peticiones, sus homenajes ó sus necesidades. El Papa está sentado todo este tiempo: delante de él se está ó de rodillas, ó en pie, si lo permite. Los cardenales y los príncipes tienen el privilegio de sentarse sobre los taburetes de que hablamos antes. Al entrar en el gabinete del Papa, se hacen tres genuflexiones; la primera en el dintel de la puerta, la segunda á mitad del trecho y la tercera á los pies del Papa. Se besa su pie ó su mano, y empieza entonces la audiencia. Luego que ha concluido, el Padre Santo toca una campanilla, uno de los prelados de servicio anuncia é introduce á otra persona.

En las habitaciones del Papa solo entran hombres: es una regla invariable. En cuanto á las señoras, las recibe en audiencia una ó dos veces por semana en una gran sala, que forma parte de los museos públicos del Vaticano.

Las audiencias de la mañana duran generalmente mas de cuatro horas seguidas. Luego que han terminado, á eso de las dos ó dos y media, pasa el Papa al comedor y toma una

comida frugal. Reza despues, tambien de rodillas la continuacion del Oficio Divino, en su Breviario; y despues de algunos instantes de reposo sale en coche para hacer ejercicio. Muchas veces el Papa toma por término de su paseo algun santuario venerable en el que se celebra alguna fiesta, algun hospital ó alguna cárcel. Cuando hace mal tiempo, el Padre Santo se contenta con dar algunas vueltas, en alguna de las galerías cubiertas del Vaticano. Al anocheecer, al *Ave Maria*, vuelve al Vaticano, reza con su séquito la salutacion angelical, y añade el *De profundis* por todos los fieles del mundo muertos en aquel dia. Le presentan al Papa los documentos que ha de firmar y se proponen á su soberana aprobacion y á su decision última los decretos de las diversas congregaciones romanas, que comparten el exámen de los negocios religiosos de todo el mundo. Estas audiencias duran tambien hasta las diez ú once de la noche: despues el Padre Santo hace una ligera colacion compuesta de algunas frutas y legumbres, termina el rezo de su Breviario, y se retira á tomar algunas horas de descanso, tan santa y laboriosamente ganado (1).

LAS CEREMONIAS FÚNEBRES EN ARGEL.

Las ceremonias fúnebres son poco mas ó menos las mismas para las mujeres que para los hombres: asi en lo que vamos á esponer, á fin de no repetir dos veces las mismas cosas, indicaremos los usos particulares para el sexo femenino.

Cuando muere un musulman, sus esclavos ó sus parientes si no es bastante rico para hacerse servir, lavan bien su cuerpo, le ponen algodón impregnado de alcanfor en la boca, narices, orejas, ojos y sobacos, etc.; le visten en seguida como para una fiesta, le envuelven en un paño blanco y le tienden en su lecho. Cuando está terminada esta ceremonia, se deja entrar á las mujeres, y despues á los parientes que lloran amargamente y se suceden junto al difunto durante las veinte y cuatro horas que permanece espuesto. Para llevar á enterrar al muerto, se le coloca en una camilla de tablas que se cubre con un paño de oro ó una tela de seda, segun su calidad. Cuando es mujer la camilla se cubre con una de las cortinas de su alcoba. Si está embarazada, se forma en medio del cuerpo una protuberancia con círculos de madera: para las mujeres de mediana edad, la cortina puede ser de cualquier color; pero para las viejas debe ser blanca. Cuando es una doncella se la cubre con un cinturon azul bordado de oro.

Cualquiera que sea el sexo, el féretro es conducido siempre por hombres que se ofrecen espontáneamente, porque consideran esto como una buena accion, y en cuanto el acompañamiento sale de la casa, van seguidos por otros que les piden ocupar su puesto cuando se cansen; de manera que antes de llegar al sitio de la sepultura, una camilla suele mudar diez veces de conductores. Los parientes y los amigos del difunto, reunidos en su casa, le acompañan, pero las mujeres se quedan en ella. Es costumbre, y sobre todo entre los grandes, que cuando muere el jefe de la casa ó sus esposas, se de la libertad á algunos esclavos, y cuanto mas rica es la persona, mayor es el número; este es un honor á que dan los moros mucha importancia. Cada esclavo emancipado recibe una carta en que se le otorga la libertad; este billete se coloca en una abertura hecha en el extremo de una caña que el esclavo lleva levantando el brazo y marchando á la cabeza del acompañamiento, que conduce prime-

ro á la mezquita. Allí se pone el cuerpo en tierra; los parientes se arrodillan alrededor, y se cantan algunos versículos del Coran; en seguida se vuelven á poner en camino en el mismo orden para ir al cementerio. Asi que muere una persona, se preparan en su casa manjares y sobre todo *alcuzcuz* con carnero, para dar de comer á los que vengan á asistir á los funerales; á esto se añaden frutas secas y frescas, todo lo cual conducido por los esclavos sigue á la comitiva. Los mendigos y los pobres que se encuentran en el camino, y los que son advertidos de antemano, no dejan de ir detrás para tener parte en las distribuciones que se tiene costumbre de hacer sobre la sepultura de un mahometano. Al llegar al lugar de la sepultura se deposita el cuerpo, y en cuanto entra la comitiva, se cierra la puerta, si es una propiedad particular cercada de tapias, como muchas que hay alrededor de todas las ciudades de Berbería. Los asistentes rezan entonces oraciones sin recogimiento y con una indiferencia verdaderamente asombrosa. La sepultura abierta tiene una profundidad de cinco pies próximamente; las cuatro caras están revestidas de ladrillos hasta la mitad de su altura. Despues de bajar el cuerpo envuelto como estaba en la camilla, se le vuelve la cabeza hácia el Sur, porque todas las sepulturas están orientadas de Sur á Norte. El pecho se halla un poco elevado por una elevacion practicada espresamente en el fondo de la fosa, y se coloca el codo derecho de manera que el cuerpo se apoye en él. Hecho esto se descubre el rostro del muerto para mirarle por última vez y se le cubre en seguida con planchas de pizarra ó baldosas de piedra, que se han preparado de antemano. Cuando están colocadas todas las losas, se echa tierra encima, y por último se coloca la tumba que se compone de cuatro piedras dispuestas en un rectángulo muy oblongo, y de las cuales las dos que forman las estremidades están mucho mas elevadas que las de las caras. En las sepulturas de los pobres esta tumba se compone de cuatro pedazos de pizarra ó de piedra cualquiera; en las de la clase media estas piedras están labradas; y en las de las personas ricas ó de los grandes, están esculpidas y colocadas en una masa de mampostería; frecuentemente son mármoles hermosos, perfectamente trabajados y traídos espresamente de Italia. El muerto, colocado de la manera que acabamos de decir, se halla perfectamente en su sepulcro, y al abrigo del diente de los chacales. Cuando hemos preguntado á los argelinos por qué colocaban los cuerpos en la postura que hemos visto: «Es con el objeto, nos respondieron, de que si no están bien muertos, y se despiertan, puedan fácilmente levantar las piedras y marcharse.» Esta respuesta no nos satisfizo del todo. Cuando está terminada la inhumacion se distribuye á los asistentes una parte de lo que se ha llevado, y se da dinero á los pobres; pero los platos de *alcuzcuz* y varias cestas de frutas se guardan y se traen á la casa del difunto, donde todos sus parientes y sus amigos vienen á comerlos, deplorando la pérdida y ponderando sus virtudes.

Durante este tiempo, los esclavos á quienes se ha dado la libertad se van al cadí con su billete en la mano; este magistrado, despues de leerle, les comunica que son libres, que desde aquel momento gozan todos los derechos de ciudadanos, y les exhorta á que hagan buen uso de ellos.

Durante mi estancia en Berbería, he asistido á todo género de inhumaciones. El lujo de estas ceremonias variaba con la condicion del difunto: cuando era un hombre pobre, no habia platos de *alcuzcuz* ni distribucion de comestibles; no se hacia mas que dar algunas monedas pequeñas á los mendigos que le habian acompañado hasta su última morada. Los niños de tierna edad no eran acompañados mas que de dos ó tres personas, en cuyo número se encontraba siempre el padre.

El mejor entierro que he visto en Argel fue el de la hija de Mustafá Bajá, dey célebre; aquel acompañamiento era magnífico, dos negras iban

delante con papeles en la punta de unas cañas, y otra porcion de esclavos de ambos sexos seguian llevando platos de *alcuzcuz* cocido con carne y cestas con frutas secas y frescas. Los dos hermanos de aquella dama formaban parte de la comitiva; pero fuera de las negras no iba ninguna otra mujer. La sepultura de la familia de Mustafá Bajá se halla situada en el arrabal de Bab-Azun; está rodeada de tapias muy altas, y cierra su entrada una verja de hierro. Yo seguí al acompañamiento desde la salida de la ciudad; cuando iba á entrar en el cementerio me coloqué delante de la camilla, temiendo que si me quedaba atrás cerrarian la puerta en cuanto entrara para impedir que la siguiera. Al llegar á la puerta me encontré con los dos hermanos, que eran dos mocetones, colocados á cada lado, y que me rechazaron algo bruscamente; pero habiéndoles hecho comprender que no trataba de turbar la ceremonia, y diciéndoles resueltamente que queria entrar, consintieron en ello. Entonces me coloqué en medio de un grupo de palmeras, desde donde podia ver perfectamente el interior del sepulcro. Cuando la abertura estuvo cubierta con las baldosas, salí de mi escondite: en el mismo instante todos los asistentes que cantaban versículos del Coran, lanzaron gritos de indignacion; pero les dirigí algunas palabras de paz, y diciéndoles los hermanos que me habian permitido entrar, se calmó la agitacion y continuó el rezo. Cuando el cuerpo estuvo enteramente cubierto, los esclavos que llevaban los canastillos de fruta los colocaron junto á la tumba, y se distribuyeron dátiles, uvas, higos y algunas naranjas, de que me dieron, asi como á todos los musulmanes presentes; los pobres recibieron además dinero. En cuanto á los platos de *alcuzcuz* y algunos canastillos de fruta, no se tocaron; yo les hice la observacion, preguntando por qué no se distribuian tambien. «Dios nos libre, me respondió un moro, esto es para nosotros; ahora nos vamos á comerlos á casa de la dama con sus hermanos y todos sus parientes.» Volví á la ciudad con los dos hermanos de la difunta, que me hicieron su elogio por el camino, mezclando de tiempo en tiempo el de su padre, sin parecer afligidos en manera alguna. En el curso de la conversacion tuve ocasion de decirles que un dia se encontrarian reunidos en el cielo: «No, no, me replicaron, cuando uno muere, todo ha concluido.» Estas palabras me sorprendieron un poco: porque el Coran promete otra vida á los fieles con el goce de toda clase de placeres; ¿quién no ha oido hablar del paraíso de Mahoma?

Una parte de la comida destinada á los que han asistido á los funerales, se lleva á la mezquita y se reparte á los imanes llamados *Talva*, con cierta suma de dinero, á fin de que digan oraciones durante siete dias por el descanso del alma del difunto. Las personas que no pueden pagar no tienen parte en sus oraciones; pero son recompensadas por las de sus parientes y amigos, como vamos á decir.

Todos los musulmanes cuyas cosumbres hemos tenido ocasion de estudiar en Africa, profesan una gran veneracion á los manes de los muertos; van con mucha frecuencia al lugar en que reposan á dirigir sus preces al cielo por ellos; en ciertas épocas del año se tienden sobre las tumbas y llaman por su nombre á los que están encerrados en ellas. Los niños acompañan algunas veces á sus padres en las visitas que hacen á los sepulcros; las mujeres mismas, á quienes se niega el alma, y que no asisten á ceremonia alguna religiosa, están obligadas á ir á orar y á llorar sobre la tumba de su marido y de sus parientes: esta creemos que es la única manera que tienen de celebrar el vienes. Aquel dia, vestidas con el traje de calle y acompañadas de esclavas, se dirigen en gran número á los cementerios, se prosternan sobre las tumbas, lloran y muchas veces hacen resonar los aires con sus dolorosos gritos.

Cada familia adorna los sepulcros de los suyos lo mejor que puede; alrededor se plantan diferentes especies de arbustos; el interior del

(1) Este curioso artículo ha sido publicado por el señor don Manuel Torrijos, en su *Almanaque Enciclopédico Español*, que á pesar de venderse al ínfimo precio de 6 reales, está redactado con singular esmero y contiene en un tomo en 4.º mayor, Almanaque del cristiano.—Almanaque cronológico.—Almanaque de bufete.—Almanaque de las damas.—Almanaque de las familias.—Almanaque del escritorio.—Almanaque del cocinero.—Almanaque del repostero.—Almanaque del confitero.—Almanaque de recreo.—Almanaque de las profesiones.—Almanaque histórico-literario.

rectángulo está lleno de una tierra muy move-
diza en que se cultivan flores; en las dos es-
tremidades hay vasijas de barro llenas de agua
y en que se ponen flores que se renuevan de
tiempo en tiempo. Los pobres que no pueden
cuidar tanto los sepulcros de sus padres, los
cubren con una capa de cal viva que estienden
alrededor tan lejos como pueden; casi todos los
que se hallan situados cerca de las habitacio-
nes en el campo están blanqueados de esta ma-
nera.

Las sepulturas particulares cercadas de ta-
pias están muy cuidadas; las tapias están cu-
biertas de hiedra ó de vid; bananos, palmeras
ó cipreses dan sombra á las tumbas. Casi en
todas existe una galería cubierta adornada de
columnas de mármol blanco, bajo la cual se
ven tapices ó esteras de junco que sirven para
descansar los que van á orar. Muchas veces va
la familia entera á pasar el día en aquel lugar.

Los argelinos tienen la costumbre de colocar
las tumbas alrededor de los lugares habitados,
en las ciudades y en las aldeas. Se les tiene el
mayor respeto; el que fuera cogido violando el
asilo de un muerto sería hecho pedazos allí
mismo; pero ¡ay! la desgracia y el temor aho-
gan todos los sentimientos generosos en el co-
razon del hombre. Argel y to las las ciudades
de la regencia de que nos apoderamos, estaban
rodeadas de tumbas; nosotros violamos aque-
llas tumbas desde el principio; hemos visto sol-
dados abrirlas por ver si encerraban algun te-
soro. Las osamentas de los muertos fueron ar-
rojadas al muladar; cuerpos enteros, envueltos
aun en sus sudarios blancos, yacian á lo largo
de los caminos. Algunos musulmanes con mi-
rada abatida, contemplaban aquel triste espec-
táculo sin atreverse á decir una palabra; algu-
nos venian á recoger religiosamente los huesos
esparcidos y se los llevaban. Pero al cabo de
algun tiempo se establecieron vivacs en medio
de los cementerios; las obras de defensa y de
utilidad pública exigieron que se destruyeran
la mayor parte. El terreno fue levantado, las
tapias demolidas, y nadie se presentó á recoger
los despojos de los muertos. Muy lejos de esto,
un gran número de estos mismos argelinos,
que algunos meses antes les profesaban tan
grande y santa veneracion, trabajaban enton-
ces para violar sus moradas y dispersar sus
huesos.

No pudimos presenciar este nuevo escándalo
sin afligirnos profundamente: en aquellos mus-
ulmanes que trabajaban con nuestros soldados,
veíamos un hijo hollando con los pies los restos
de su padre, despues de arrancarlos de su
tumba; un padre rompiendo los huesos de su
hijo, un marido dispersando los de su mujer;
y todo esto con una indiferencia capaz de su-
blimar el corazon mas frio. ¿Qué hombre no
querrá mejor morir que comprar tan cara la
existencia?

ROZET.

MEDITACION.

Arrojen los mendigos sus harapos,
lancen los ricos su brillante grana,
desnuda ved la descendencia humana
como salió del vientre maternal;
todos nacen con carnes y con huesos,
todos sensibles á los crudos males
y al delicioso bien, todos iguales
descenderán al lecho sepulcral.

Bendiga el opulento sus tesoros,
bendiga el sabio su profunda ciencia,
el hermoso bendiga su presencia
y bendiga el robusto su vigor;
pero bendigan porque ofrenda tienen
para los hombres, todos sus hermanos,
no porque pueden elevarse ufanos
entre oloroso incienso adulador.

Es el orgullo nube que se alza
en la region inmensa del vacío,
nube que á los furiosos de bravío,
ronco huracan desvanecida fue;

la miserable habitacion del pobre
desprecia el rey cual desechada broza,
y acaso entre las pajas de una choza
libre su pecho de asesino vé.

Jamás al pobre, al ignorante, al débil,
jamás la tierra mire con desdenes,
pobre, ignorante y débil grandes bienes
sobre la tierra pueden derramar;
y si los mares de la vida cruzan
en sus barcas, inútiles humanos,
trátenles con respeto sus hermanos
que es la desgracia sacrosanto altar.

Al orgullo execrable, á ese gigante
ídolo caro del mezquino mundo,
á ese gigante estrelle furibundo
contra peñascos horrible aquilon;
oigo al Eterno que entre nubes clama
de azules tintas y de tintas rojas:
«mas grandes ó pequeñas, leves hojas
de un árbol mismo los mortales son.»

TIMOTEO ALFARO.

LOS BARBEROS EN LA ANTIGUEDAD.

La moda de afeitarse la barba vino de Orien-
te á Egipto. Se introdujo entre los griegos en
tiempo de las conquistas de Alejandro, y de
allí pasó á los romanos. La denominacion de
tonsor, asi como todas las palabras que de ellas
derivan, prueban suficientemente que la pro-
fesion conocida hoy con el nombre de *barbero*
consistia principalmente en cortar el cabello.
La compostura del cabello precedió entre los
pueblos antiguos á la costumbre de afeitarse,
cuya moda convertida ya en necesidad dió el
ser á esos establecimientos de los *tonsos*, que
en breve fueron lugares de citas donde los ocio-
sos y holgazanes iban á buscar y llevar noti-
cias. En efecto, asi en Grecia como en Roma,
los hombres completaban en las *barberias* los
detalles minuciosos de su compostura y adorno,
para lo cual no tenían en sus casas todos
los instrumentos necesarios. Se necesitaba ser
rico para tener á su servicio un esclavo hábil y
provisto de navajas, peines y espejos que for-
masen el tren del barbero. De esta penuria re-
sultaba la obligacion de una visita matutina á
la tonstrino ó tienda del *tonsor*, llena de una
multitud de gentes continuamente renovada, y
uno de los puntos de reunion diarios de aque-
lla gente cuya vida se pasaba toda en público
y formaba la organizacion política de los anti-
guos.

Los barberos tenían tres ocupaciones princi-
pales. Cortaban el cabello, consistiendo su ha-
bilidad en cortarlos muy iguales de las puntas,
primero, y luego seguir hábilmente la moda
establecida ó inventar otras nuevas; para efec-
tuar esta operacion, no se servian de tijeras,
sino de navajas de diferentes dimensiones mas
ó menos cortantes. Accesoriamente arranca-
ban los cabellos blancos nacidos en cabezas jó-
venes, ó tenían segun sus recetas tan variadas
como industriosas, las cabelleras que la opera-
cion precedente habria disminuido demasiado
su espesor. La segunda ocupacion de los bar-
beros consistia en afeitar, enjugando la barba
de los que acababan de sufrir esa operacion con
una toalla felpuda que ponian sobre los hom-
bros del paciente, y que era tejida con lino sin
curar. El tercer empleo de los barberos consis-
tia en cortar las uñas de las manos, lo cual ha-
cian con pequeños cuchillos de una forma par-
ticular. Se conserva de aquellos tiempos un
pequeño poema de Tánias sobre el barbero Eu-
gates, que contiene una enumeracion cómica
de todos los utensilios necesarios para las ope-
raciones del barbero y demás funciones de su
arte.

Los barberos fueron llevados de Sicilia á
Roma por uno llamado P. Tinicio Menas, el
año 454 de la fundacion de la ciudad. La moda,
muy general y antigua ya en Grecia de llevar
el pelo corto y la barba afeitada, se introdujo
rápidamente, gracias sobre todo al ejemplo de
Escipion, el segundo africano, que se hacia

cortar la barba todos los dias. Los barberos
empezaron ejerciendo su arte al aire libre; pero
mas adelante ya no se practicó esta costumbre
mas que para los esclavos y la plebe, pues las
tiendas de los barberos, anunciadas por una
muestra de navajas, cuchillitos y espejos,
atraian á sí á los ociosos y noveleros. Uno de
los principales méritos del maestro del esta-
blecimiento era entonces el saber contestar á
las cuestiones ó preguntas de todos, y los bar-
beros suministraron á la mente de los autores
cómicos y satíricos el tipo de la curiosidad y de
la charlatanería. A un barbero que le preguntó
cómo queria que lo afeitase, contestó un filóso-
fo de mal humor: «Sin hablar.» El historiador
de esta anécdota no dice si desde la Grecia sta-
sia ó desde Carenas, donde estaban los tons-
trinos mas elegantes, hasta la via Suburania,
donde los barberos de bajo grado desollaban
las barbas plebeyas, pudo el filósofo encontrar
un barbero á su gusto.

En la edad media, la profesion de los bar-
beros tomó aun mayor estension, pero salien-
dose de su especialidad, pues autorizados por
el decano de medicina para ciertas operaciones
quirúrgicas, invadieron cada vez mas el domi-
nio de la cirugía. Los barberos parisienses for-
maron muy luego una importante corporacion,
mas viendo caido en desuso en tiempo del em-
perador Carlos V sus antiguos estatutos, y ha-
biéndose perdido los títulos que los componian,
formaron otros nuevos. Las cédulas reales di-
rigidas por Carlos V al decano de París en 1371,
contienen la reinstalacion de esos estatutos, los
cuales vamos á analizar en pocas palabras.

*El tatuto de la clase de barberos de la ciu-
dad de París.*—El primer barbero, ó sea ayu-
da de cámara del rey, es el jefe de la clase de
barberos de la ciudad de París, y tiene dere-
cho de elegir un ayudante.—2.º Ninguno pue-
de ejercer la profesion de barbero sin haber
sido examinado por un jurado de cuatro jueces
presidido por el jefe.—3.º Los barberos que
fuesen disfamados por sus malas costumbres
no podrán ejercer mas su profesion, y serán
confiscados todos los instrumentos que posean
para desempeñarla, los cuales se repartirán la
mitad á favor del rey y la otra mitad al del jefe
de la clase.—4.º Los barberos no podrán ejer-
cer su profesion en los leprosos.—5.º y 6.º No
podrán ejercer su profesion, como no sea para
sangrar ó administrar algun medicamento, en
las cinco fiestas de Nuestra Señora, en los dias
de San Cosme y San Damian, en el de la Epi-
fania y en las cuatro fiestas solemnes del año,
como tampoco en los dias de Navidad, de Pas-
cua y de Pentecostés, so pena de cinco suel-
dos de multa, á saber: dos sue'dos para el rey,
dos para el jefe y uno para el guarda ó ayudan-
te de la clase.—7.º Si los barberos se niegan
á obedecer al jefe, al ayudante ó á los jurados
de la clase, el decano de París dará poderes
para hacer ejecutar sus órdenes.—8.º El jefe,
el ayudante y los jurados, tendrán conocimien-
to de todo lo que concierne á su clase; y quan-
do los barberos sostengan un proceso para la
conservacion de sus derechos, el procurador
del rey se unirá á ellos.—9.º No podrán los
barberos tomar los aprendices de sus cofrades,
bajo pena de una multa de cinco sueldos.—
10. Los barberos asignados por el jefe ó su ayu-
dante tendrán obligacion de presentarse á ellos
bajo pena de una multa de seis.

Por una orden del 3 de octubre de 1372,
Carlos V confirmó de nuevo los estatutos, y les
permitió continuar, como antes, haciendo cier-
tas curaciones de cirugía. Mas adelante, en ju-
nio de 1444 Carlos VII dió nuevas cédulas para
que se ejecutasen en todo el reino, cuyas cé-
dulas se espresan con mayor claridad que las
anteriores en los artículos concernientes á la
admission de individuos en la clase: el artícu-
lo 12 dice asi. Todo individuo, hijo de barbero
ó aprendiz, que desee ser incorporado en la
clase, está obligado de servir ocho dias en la
tienda de cada uno de los jurados, haciendo
tambien en cada una una sangría. Los jurados
examinarán si tiene buena vista, buena mano,
y si conoce las venas por donde se sangra. En

los artículos 15 y 16 dice: Respecto á la cirugía se asegurarán si está enterado en la anatomía, en lo que concierne á llagas, fracturas, úlceras, fistulas y otros males: si saben cerrar las llagas, y si conocen las yerbas para hacer cataplasmas, etc. Todas estas cédulas regían también en las diferentes ciudades donde estuviesen establecidas semejantes corporaciones, como eran en Tolosa, Rouen, Tours, Sens, Carcasona, etc.

En provincias, las atribuciones de los barberos eran mas reducidas; en Rouen, por ejemplo, no tenían derecho mas que para sangrar, y en caso de gran necesidad hacer la primera cura á una herida.

En el reinado de Carlos IX y de Enrique III traspasaron tanto los barberos, en Francia, los límites que les correspondían, apoderándose de las atribuciones de los cirujanos, que estos obtuvieron en 1569 que el decano de París diese una orden, prohibiendo traspasasen en lo mas mínimo los privilegios que les habían acordado anteriormente.

En 1603 se permitió á los barberos que se diesen el nombre ó título de *maestros barberos cirujanos*, despues de haber sido examinados en el colegio de medicina, y con la condicion de prestarse sin retribucion alguna al cuidado de los pobres cierto espacio de tiempo.

Esta orden aumentó considerablemente los privilegios de los barberos, pues al exigirles nuevas garantías de ciencia los elevaban á la opinion pública, y si bien se exigía de ellos un servicio gratuito, también se les permitió que se intitulasen cirujanos, hasta que mas adelante volvieron á quedar relegados á su posicion primitiva.

LA CIUDAD DE LA HABANA.

Ciudad capital de la isla de Cuba, residencia del capitán general, de una audiencia y de



D. Diego de Saavedra Fajardo.

una silla episcopal, con 50,000 almas intramuros y 85,000 extramuros, que hacen 135,000 habitantes, los 61,000 blancos, 35,000 libres de color y 39,000 esclavos. Situada en la costa N. á la embocadura del rio Lagida, con el mejor puerto del mundo, capaz de 1,000 buques, pero que se va cegando y perdiendo su fondo. Está fortificada, con calles alineadas, pero sin buen pavimento, casas bajas, varias iglesias, un astillero, lazareto, el palacio del capitán general dentro de una ciudadela. Su jurisdicción comprende 57 partidos rurales, con 393 ingenios, 582 cafetales y 8,000 fincas, en que moran mas de 200,000 habitantes. Dista de España unas 1,500 leguas de navegación.

LA FUENTE DE LAS CUATRO ESTACIONES.

Es el Prado de Madrid el único paseo de la villa donde se puede gozar del apacible fresco

de la noche en los abrasados meses del verano. Allí, parte alumbrada por la luz de los faroles del gas, parte por los rayos de la luna, como dibujo hecho á dos tintas, álzase la fuente de las Cuatro Estaciones, cuyas aguas se anuncian con ligero murmullo al caer en hilos de perlas transparentes por las no muy limpias conchas de los lados. El dios cesante Apolo, puesta una mano en la lira, y teniendo por único gaban el arco y las flechas, sirve de remate, y parece anunciar que su en otro tiempo armonioso instrumento es hoy tan útil para comer y para vestirse como para cazar pájaros el que usaba Ambrosio cargado con cañamones. Allí, en fin, siéntanse á los pies del susodicho númeron las estatuas de las Cuatro Estaciones, y escuchan, si es que la piedra puede hacerlo, los animados diálogos de la orla de personas que cerca ambos pilones.

Ya tengo pues la decoración; oigamos ahora á los actores.

Debajo de la imagen de la primera hay un corro de niños; llevánlos allí todas las noches, ya porque hagan ejercicio, precaucion higiénica muy recomendable, ya también porque no alboroten en su casa, medida que agradecen extraordinariamente los vecinos.

—Una niña de seis años, de cara sonrosada y pelo rubio.—Vamos á bailar, que mi mamá se quiere ir pronto.

—Otra morenilla de la misma edad.—Yo no juego ni bailo con vosotras.

—Juanita (hija de una modista).—¡Porque tiene coche! ¡Farolona! No la hagais caso, que mi mamá también tendrá coche cuando haga vestidos á la Reina, y os llevaré á paseo en él.

—Adolfito (tirando al aire la gorra).—Yo seré entonces general, ó de estado mayor, y me casaré contigo, y saldrás al balcón cuando vaya con sombrero de tres picos delante de los coraceros.



La ciudad de la Habana.

Enrique.—Pues yo voy á ser ministro como mi papá, y Conchita será mi mujer, y daremos bailes, y ella se pondrá muy elegante, y yo tendré muchas cruces.

Conchita.—¡Quiá! Si mi novio es Eduardo, que es ya marqués, y tiene usía.

Enrique.—Yo le diré á mi papá que le deje cesante.

Una linda criaturita sale del corro al encuen-

tro de su madre, que está sentada en un banco inmediato, llenándola de besos.

—¡Mamita! ¡Que guapa eres, y cuánto te quiero! ¡Me vas á llevar al coche de los perritos, verdad que sí?

—No, hija mia, que no tengo dinero.

—¡Eh! y has comprado antes una bandera de papel á Juanito. Pues yo no lloro como él, ni me mancho el vestido de tinta.

—Precisamente porque he comprado la bandera á tu hermano se me han acabado los cuartos.

—¿Sí? Mira mamá; ayer cuando bajé con la Crisanta á comprar seda á la tienda de la esquina había allí un hombre que les dió un papel amarillo y otro de color de rosa, y ¡si tu vieras cuantos duros le volvieron por ellos! ¡Por qué no compras tu papeles de esos cuando tengas cuartos?



El salvaje en la batalla.

Tres chicuelos de siete á ocho años estienen una cuerda á lo ancho del paseo. Uno de ellos.—Ten firme; en cuanto pase un perro le enganchas las patas, y al suelo.

El otro.—Eso es; y yo entonces le pincho con este palo, que tiene un alfiler en la punta.

Un aspirante á pollo (encendiendo su correspondiente cigarro de papel, á otro de su calaña).

—Chico, ¡qué niñera tan bonita he visto por allí en frente!

—¡Ola! ¡Ola! Apuesto á que es aquella. Así que yo la hable, verás como se pone. Estoy ya muy práctico en esas cosas.

Los pollos en ciernes se acercan á la niñera; esta sacude un bofetón al mas cercano; vacila el agraciado al recibirle, y tropezando en la criatura que conduce la criada, hácela caer al suelo. Escena de llantos, gritos y demás accesorios.

Debajo de la estatua del verano, sentada en la escalinata de la fuente se vé una modista, y á su lado un sargento segundo de cazadores contempla su caza con entusiasmo.

La modista.—¿Con qué mañana estás de guardia, y no nos veremos?

El sargento.—Ves á la parada de Palacio.

La modista.—¡Qué! si no me deja la bruja de mi maestra ni salir siquiera á comprar seda; todo lo toma por mayor.

El sargento.—Sí; hasta los queridos, que tiene cuatro.

La modista.—¡Ay! ¡Cuando querrá Dios que me caiga la lotería para enviarla á paseo! Pero por mas que una echa....

El sargento.—¡Ya, ya! y sin que haya ocasion de andar á balazos, á ver si puedo coger la charretera.

Sigue la conversacion de los dos amantes, pero deben tratar de asuntos muy particula-

res, porque se acercan mas uno á otro, y hablan muy bajito. No los estorbemos.

SILLAS INMEDIATAS Á LA ESTATUA DEL OTOÑO.

El marqués.—¡Qué interpelacion le preparo al ministro de Hacienda! Yo les aseguro á ustedes que se ha de acordar de mí.

D. Rafael.—Porque no ha hecho oficial de secretaria á su sobrino, que es tonto. (*Bajo á D. Pedro*).

D. Pedro.—Sobrino de su tío. Quien á los suyos se parece....

El general.—¡Y decir que esa gente dirige los destinos de este país! ¡Oh qué vergüenza! ¡Solo pasa eso en España!

D. Pedro.—Pues por ahí dicen que V. entra en el gabinete, general.

El general.—¡Pelié! Eso cuentan; yo no sé.... pero, en fin, por mi patria....

D. Rafael.—¡Oh! ¡ya lo creo! (al mar-

qués). El mismo hace poner en los periódicos la noticia.

El marqués.—Sería una felicidad para España que usted tomase parte en el gobierno.

El general.—No me olvidaría por cierto de contar con la ilustrada cooperación de usted, marqués.

El marqués.—Gracias; sabe usted, general, que cuanto poseo está á su servicio.

D. Rafael (á D. Pedro).—Inclusa su mujer.

D. Pedro. (Para el cuello de su gaban).—Lo que tu quisieras es que le gustase la tuya.

El marqués.—Señores: por allí vá el presidente del Consejo. Voy á darle las buenas noches.

El general.—Yo también: tengo que hacerle una recomendación.

D. Pedro.—Vamos, pues, allá.

ESTATUA DEL INVIERNO.

D. Alejandro. (Señor de setenta y siete, delgado, pequeño y con anteojos, sentado en el borde de la fuente). Mira, Tomasa, vámonos, si te parece, que aquí se va notando ya cierta humedad mal sana.

Doña Tomasa. (Señora por el estilo de su consorte).—Cuando quieras iremos á cenar.

D. Alejandro.—Pero antes comeremos aquí un par de bollos. Espera, que voy por ellos á aquel puesto.

Doña Tomasa.—¡Tragon! No piensas mas que en comer. Anda, veremos si son mas tiernos que los de anoche.

D. Alejandro. (Volviendo con dos bollos).—Toma uno para tí. Guardaré este pedacito del mío para el gato, que siempre me pregunta si le llevo algo, cuando voy á casa.

Doña Tomasa.—¡Qué duro está! Vamos á tomar un vaso de agua con azucarillos. (Llamando á una aguadora). ¡Eh! ¡Aquí!

D. Alejandro.—Bien pensado. Bebamos. Mira aquel niño; ¡qué bonito! Como ese será nuestro nieto. ¡Cuantan que es rubio y que lee ya tan bien! ¡Y que dice que desea conocer á sus abuelitos!

Doña Tomasa.—¡Ay Dios mío! No me hables de eso, Alejandro. ¡Doce años que no vemos á nuestro hijo! ¡Y pensar que nos moriremos sin volver á verle y sin dar un beso á nuestro nieto!

D. Alejandro. (Volviéndose para pasarse el pañuelo por los ojos). ¡Cómo ha de ser! Dios lo quiere. Consolémonos con que nuestro hijo es feliz en América, y tal vez se haga rico.

Doña Tomasa.—Sí; eso pido todos los días á la Virgen cuando oigo misa.

D. Alejandro. (Llamando al niño, que pasaba delante de ellos).—Ven aquí, hijo mío, toma: ¿quieres bollo?

(D. Alejandro coge en brazos al niño y le llena de besos, despues le pregunta como se llama y le deja el baston para montar á caballo, y los anteojos y el sombrero para que le imite y le haga burla.)

Doña Tomasa.—Vamos, Alejandro, que está la casa sola; vamos á cenar y á hacer una caricia al gato.

Los dos cónyuges se van por la calle de Alcalá; el niño se vuelve con sus padres, y en el Prado quedan otra porción de cuadros tan interesantes como este y que esperan mejores pinceles que los míos.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

ESCRITORES CÉLEBRES.

DON DÍEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

Nació este erudito y elegante escritor en Algezares, lugar del reino de Murcia y obispado de Cartagena. Demostrando desde muy niño grande afición á las ciencias, fue enviado á la universidad de Salamanca donde cursó jurisprudencia. Tenía veinte y dos años y vestía ya el hábito de Santiago cuando empezó su carrera eclesiástica al propio tiempo que política, pasando á Roma de secretario del embajador español cerca de la Santa Sede. En 1606 pasó

con igual destino al vireinato de Nápoles, y en medio de continuados viajes por Italia y Alemania ideó sus diversas obras, á saber, las *Empresas políticas*, libro dedicado á la educación de los príncipes católicos, la *Corona gótica*, historia de los monarcas españoles, y la *República literaria* en que hace el juicio y crítica de varios escritos y diversos autores. Su lenguaje es severo, exacto y profundamente lógico, no excluyendo la gravedad, la elegancia, ni la claridad, ni la armonía. Falleció el 24 de agosto de 1648, en Madrid, á los sesenta y cuatro años, tres meses y diez y nueve días de edad, en el convento de Recoletos.

EL SALVAJE EN LA BATALLA.

Las costumbres de los indios en los combates han sido y continúan siendo terribles. No les basta, como á los pueblos de Europa, dejar tendidos en el campo á sus enemigos. Es preciso ensañarse en ellos y todavía mas: arrancar sus cabelleras y á veces sus cráneos para demostrar el número de hombres que han sucumbido á sus golpes. No obstante en Africa, y aun en Turquía y Persia se hace alarde de llevar colgando del arzon de la silla de montar las cabezas de los vencidos, y gracias que con sus cadáveres no se hayan cometido horrores nefandos, como sucede muy á menudo. El corazon del hombre no se contenta con la victoria: quiere rodearla de aparato sangriento para herir mas al vivo la imaginación de sus semejantes. Poco á poco, sin embargo, es de esperar desaparezcan estas bárbaras costumbres antes de las tribus salvajes de América que no de las naciones que se consideran mas cultas, merced al celo con que entre aquellas predicán los misioneros el perdón y la mansedumbre para los vencidos.

LA BEFFANA.

COSTUMBRE ITALIANA DEL DIA DE REYES.

Se dice que la *Beffana* era una vieja que se encontraba muy ocupada en limpiar la casa, cuando los tres reyes viajaban, llevando los tesoros que debían ofrecer al infante Salvador. Cuando la llamaron para que les viera pasar, contestó, que no podía en aquel momento por hallarse dedicada á barrer la casa, y que estaba segura de verlos cuando volviesen. Los reyes como todo el mundo sabe volvieron á su país por otro camino; así se supone que la vieja está perpétuamente asomada, esperando su llegada, cosa algo parecida á la leyenda del Judío Errante. Se dice que tiene grande interés en la felicidad de los niños, y particularmente en su buena conducta. En la mayor parte de Italia la noche de Reyes, se acuesta á los niños mas temprano que de costumbre, y se toma de cada uno de ellos una media que se coloca delante del fuego. Al cabo de poco rato se oye un grito: ¡*Aquí está la Beffana!* Los niños se apresuran á salir de la cama, y corren á la chimenea, ¡cuando mirad! en la media de cada uno hay un regalo que se supone ha dejado la Beffana, y de valor proporcionado á la conducta del niño durante el año anterior. Si alguno ha sido rebelde, ¡mirad! la media está llena de cenizas. Esta circunstancia degradante y desengañadora es generalmente saludada por un torrente de lágrimas, entonces se dice al pequeño rebelde, que si promete portarse mejor en lo sucesivo, se puede reemplazar la media, y tal vez la Beffana, confiada en las promesas de enmienda, dejará algun regalito á su vuelta. Se conviene en ello, el niño se acuesta de nuevo, y á breve rato se oye otra vez el grito: ¡*Aquí está la Beffana!* El niño se levanta, corre hácia la media, y encuentra algun juguete que los padres, como es de suponer, han colocado de antemano. Si se comete alguna falta durante el año siguiente. —¡Oh picaruelo! ¿qué prometiste el día de la

Epifanía? ¡No recibirás mas regalos de la Beffana! —La noche anterior hay una especie de feria, que se compone de los juguetes que han de servir para los regalos, y que está concurrida hasta el extremo. En Roma, hasta ha sido preciso alguna vez enviar algunos soldados para despejar el camino, porque la gente se agolpa de tal modo, que no habria medio de salir de la feria.

MARIA DEL AMPARO.

ECONOMÍA AGRICOLA.

DE LOS DESMONTES.

(CONCLUSION.)

No todos los desmontes pueden ser destinados á producir cereales ó convertidos en prados. Hay suelos que seria difícil utilizar de otro modo que plantando bosque; para estos especialmente hay que usar el arado. Este instrumento ofrece una economía, que dos hombres con dos buenas yuntas ó mas segun la naturaleza del terreno, desmontan en un día eriales que necesitarían cincuenta hombres armados de picos ó azadones y trabajando con asiduidad.

Entre los arados, que sobre todo se han recomendado para los desmontes, hay pocos que den resultados mas satisfactorios que el de Mathieu de Dombasle sobre las tierras cubiertas de yerba, tales como los tréboles, alfalfas y pastos antiguos, aun cuando exijan mucho tiro. Sin embargo, cuando los terrenos estén sobrecargados de raíces leñosas, el arado simple no conviene tanto, porque entonces se hace muy difícil de conducir, y el sistema de reja de este arado no es propio para un trabajo que exige fuerza tan extraordinaria. En tales casos convendrá proporcionarse el arado de Trochu.

Su reja es plana, y tiene la forma de una media lengua de carpa bien acerada y aguzada por el lado oblicuo. Una ancha cuchilla semicircular, va unida á la reja, y está forjada de la misma pieza; termina en una punta 10 ó 15 centímetros, ó cuatro pulgadas mas larga que la extremidad de la reja á la cual sigue. Otras tres cuchillas de longitudes desigualmente progresivas siguen á la primera. Cada una de estas últimas está dentada en su parte baja, lo cual da al instrumento la forma y efecto de una sierra; la primer cuchilla hácia la parte de la yunta, se hunde en tierra cosa de dos pulgadas, y rompe por dos sacudidas sucesivas la piedra ó raíz que encuentra; la segunda cuchilla, un poco mas larga, ocupa en el momento el sitio de la primera, y rompe como ella la piedra ó la raíz con dos sacudidas, pero á mayor profundidad; la tercera hace el mismo efecto, solo que siendo aun mas larga que la anterior, aumenta aun cerca de una pulgada la incision hecha á la piedra ó á la raíz por las otras dos cuchillas que van delante de ella, y es difícil que el obstáculo resista á este tercer choque. Si á pesar de esto no estuviera enteramente destruido, la cuarta cuchilla que toca á la reja le coge por debajo, por el lado opuesto á la abertura que le han hecho las cuchillas anteriores, y por este medio no puede ya ofrecer sino muy débil resistencia.

Con este instrumento muy fácil de mover, y perfectamente apropiado á su destino, ha podido Trochu, unciendo hasta diez caballos, desmontar ciertos eriales cubiertos de grandes matas.

Lemasne ha procurado formar un instrumento á un mismo tiempo sólido, simple y económico, y sobre todo poco costoso. Persuadido de que para asegurar el asiento del arado de modo que pudiera resistir á los mayores golpes de tiro con el menor rozamiento posible, era preciso reforzar el arado, ha cambiado la reja haciéndola plana y cortante, ha añadido una segunda cuchilla á la primera, y ha asegurado la lanza y la cama por medio de un perno de hierro transversal que impide la separación.

Este instrumento no exige mas que dos pares de bueyes medianos, usado en eriales cubiertos de aliagas y zarzas, mezclados de piedras, los levanta fácilmente. El surco que traza es recto, y las líneas de erial que levanta son vueltas enteramente y con uniformidad.

En un desmonte ejecutado con el arado, la acción de este instrumento tiene por objeto menos el hacer surcos rectos y revolver completamente el suelo, que despojarle lo mas profundamente posible de las raíces y piedras que encierra, sacándolas á la superficie. Así el arado de Trochu parece tener sobre el de Lemasne una ventaja que debe hacer preferir su uso, aun cuando exija un número mayor de animales de tiro, y el precio de su construcción sea mas elevado.

Para hacer sobre cortas porciones de terrenos desmontes á la mano, se emplea segun las localidades el pico de punta y corte, propio para reemplazar al azadon y el hacha, ó el zapapico ordinario que se prefiere generalmente para abrir zanjas, arrancar los árboles, y extraer las piedras de mediana dimension.

Algunas veces para desarraigar los arbolillos, se usa una palanca armada en una de sus estremidades de un fuerte tridente de hierro, cuyas puntas tienen por lo comun 20 pulgadas de longitud. Como deben sufrir un gran esfuerzo, es necesario que la parte de horquilla por donde están pegadas al cubo y este mismo cubo sean muy sólidos. En este cubo se introduce la pértiga que sirve de palanca, la cual debe ser gruesa, de madera dura, si es posible de fresno, y tener de 15 á 20 pies de longitud. Al extremo posterior de este mango se ata una cuerda de 8 á 10 pies, á la cual se halla suspendida una traviesa, por medio de la cual varios hombres pueden á un tiempo emplear su fuerza sobre la palanca. Luego que se han cortado las raíces laterales mas fuertes, se arroja el tridente bajo la cepa en una posición inclinada, se coloca bajo el mango de la palanca una piedra, acercándola á la cepa hasta que la palanca se haya levantado 10 ó 12 pies por su estremidad posterior; entonces por medio de la traviesa atada á la cuerda, los trabajadores tiran del extremo del mango hasta que la cepa cede á sus esfuerzos. Por medio de instrumento tan sencillo como es, se pueden hacer cosas sorprendentes, y cuando este medio es insuficiente, máquinas mas complicadas correrian peligro de romperse.

En fin, cuando son árboles los que ocupan el terreno, hay necesidad ó de rodear á cada uno de ellos de zanjas profundas, ó de cortar sus principales raíces, á medida que se descubren para arrastrar despues el árbol entero por medio de una cuerda atada lo mas cerca posible de la estremidad, ó cortarlos á flor de tierra, dejando toda la parte que queda en el suelo y aun las ramas menudas á los trabajadores encargados de la estracción de las raíces.

La presencia de piedras gruesas hace frecuentemente mucho mas difícil el cultivo de los eriales. En algunos casos se encuentra económico enterrarlos en el campo mismo, á una profundidad bastante grande para no incomodar en nada la marcha del arado. En otras circunstancias, si este medio no es practicable, si se encuentran piedras útiles en las cercanías para la conservación de los caminos ó para construcciones rurales, se puede recurrir segun la naturaleza de la roca, ya sea al pico, ya á la cuña del minero, ya á la pólvora de cañon, cuyo uso que exige gastos muy considerables, no carece desgraciadamente de peligro en manos inespertas. En fin, sin incurrir en el mismo inconveniente, se consigue aun á veces buen resultado, calentando fuertemente la piedra en un solo punto por medio de un fuego tan ardiente como sea posible; y cuando este vivo calor ha producido una dilatación inusitada, regando subitamente la piedra con agua fria, y golpeándola al mismo tiempo con pesados martillos ó mazos metálicos con mangos de madera duros y elásticos como el acebo.

GOCES Y ESPERANZAS.

AL CELEBRADO POETA TRUEBA.

I.

Antonio mira que libro
mira que libro te traje
para que leas en él
despues de venir de clase.
—¿De qué padre, de que es
ese libro que me traes?
—De leyendas muy bonitas
en seguidilla y romance,
—¿Que nombre tiene?
—Se llama

El libro de los cantares.

Un libro escrito hijo mio
con tan sencillo lenguaje
y tan puro sentimiento,
y tan lleno de verdades,
que bien merece ponerse
de los niños al alcance.
Lée, Antonio en ese libro
de cánticos populares
verás como su lectura
te gusta y es agradable.
Lée, verás como encuentras
en él lecciones morales
que son las que todo niño
debe llevar por delante;
y despues de que lo leas
aprende bien sus cantares.
—Bien padre yo leeré
con mucho gusto esta tarde
ese libro tan precioso
que encierra tantas bondades.
Afanoso tomó el niño
el regalo de su padre
y cuando lo hubo leído
de nuevo volvió á empezarle.
Que tiene tantas bellezas
y tan variados pasajes
y unos versos tan bonitos
el libro de los cantares,
que se quedaba encantado
leyendo en él sin cansarse.
Y suspirando al recuerdo
de aquellas tan lindas frases
íbale el niño exclamando
de su país por los valles
¡ay! quien tuviera el talento
de *Anton el de los Cantares.*

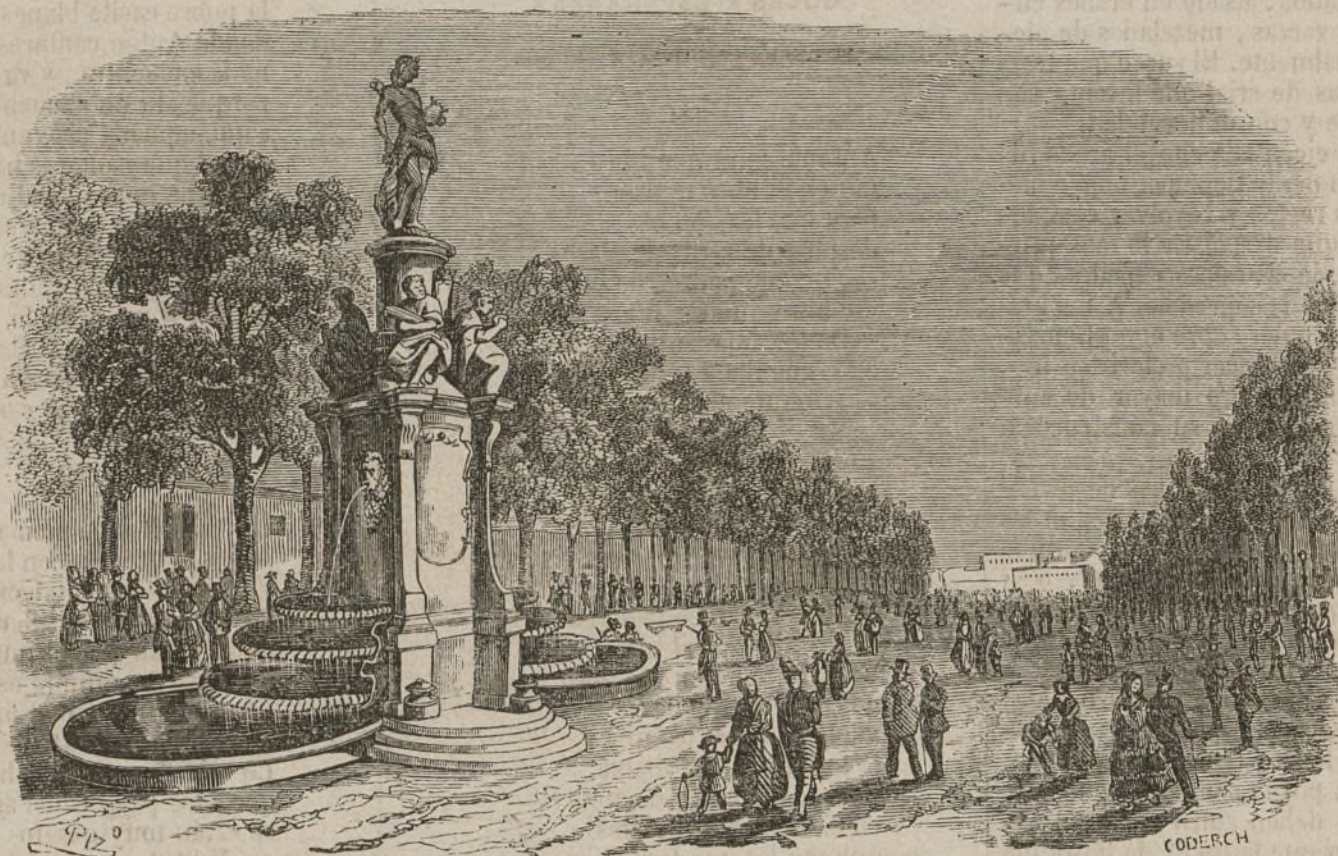
II.

Por la cuesta de la Vega
baja un joven anhelante
dirigiéndose hácia el sitio
donde corre el Manzanares.
Agitado vá el mancebo
como aquel que llega tarde
á alguna cita de amores
ó va huyendo de algun lance.
La puerta de San Vicente
deja atrás en un instante
y sigue, sigue corriendo
y á poco, viene á pararse
indeciso el joven mozo
sin saber si ir adelante
ó dirigirse á la izquierda
ó á la derecha tirarse.
¿Que es lo que busca el mancebo
en ese sitio y tan tarde
camino de la Florida
y caminando anhelante?
Busca una casita blanca
medio oculta entre el ramaje
una casita en que vive
un *ciego que vé*, y que hace
cantares para los niños
y para las buenas madres.
Y ese joven que ha aprendido
todo un libro de cantares
busca la casita blanca
donde vive el que los hace
para ver si está su dueño
y algun cantar quiere darle.
Pero en vano el pobre mozo

va buscando entre el ramaje
la pobre casita blanca
donde Anton cantares hace;
no la encuentra, y va muy triste
porque allí no encuentra á nadie
á quien pueda preguntar
por el que cantares hace.
Ya es de noche, y el mancebo
viendo la luz apagarse
á la villa vuelve triste,
vuelve triste sin cantares.
Y para sí va diciendo
otra tarde, otra tarde
he de buscar la casita
de *Anton el de los cantares.*

III.

Los pajaritos pequeños
se están quietos con las madres
y apenas son grandecitos
de sus niales se salen
para buscar por el mundo
(aunque su mundo es el aire)
los alimentos que al nido
á él, le traían antes.
Lo mismo pasa á los hombres
que á los pájaros del aire,
se están muy quietos en casa
cuidaditos por sus madres
y luego van por el mundo
cuando ellos volar ya saben.
Por eso verás al niño
que andaba en la corte antes
(la corte es aquella villa
donde corre Manzanares)
pasearse ya hecho un hombre
de otro país por las calles.
En la risueña Vizcaya
lo verás, mañana y tarde
admirando las bellezas
de sus pintorescos valles
gozando al ver mil variados
y poéticos paisajes
y cantando alegremente
olvidando sus pesares.
Tuvo la suerte de hallar
una venturosa tarde
á la orilla del Nervion
que riega aquestos lugares
aquel Anton que buscaba
para pedirle cantares
y que nunca lo encontró
por mas que hizo por buscarle.
Y contento está esperando
que Anton, el poeta amante
de todos los buenos hijos
y todas las tiernas madres;
el que habitó en otro tiempo
á orillas del Manzanares
en una casita blanca
medio oculta entre el ramaje
y que hoy honrado por todos
(y á todos honrando el vate)
se viene desde la corte
á habitar sus pátrios lares
coja pronto la guitarra
que de lira sirve al vate
y pulzando las sus cuerdas
con sencillo acento cante
apasionadas leyendas
en bellísimos romances
ó graciosas seguidillas
como él soló hacerlo sabe.
Dice una copla ya veja
«contra la tristeza cantares»
y que cantando se alegran
los corazones, añade.
¡Ay! si los cantares son
de los que Anton hacer sabe
no tan solo la tristeza
se evapora en un instante
y el corazón agitado
salir quiere de su cárcel;
sino que el alma se el va
á regiones ideales
haciéndonos entrevér
otro mundo de verdades.
Por eso espera con todos



La fuente de las Cuatro Estaciones, en el paseo del Prado.

que Anton apenas descansa
coja la inspirada lira
y con ella nos encante.
Pues todos acordes dicen
y por el mundo se sabe,
que el oro y la plata fina
el diamante y los corales
no valen lo que los versos
de *Anton el de los cantares*.

ANTONIO PEREZ RIOJA.

VARIEDADES CHINAS.

Créese en Europa que la lectura frecuente de los casos de suicidio publicados en los periódicos son los que escitan á suicidarse. En China no existen periódicos, y sin embargo son muchas las personas que destruyen su propia vida, y generalmente por motivos bien insignificantes. Las mujeres se cuelgan de árboles ó se tiran á los pozos. Los hombres toman con preferencia una cantidad de opio ó se cortan el pescuezo. Los chinos ricos se matan tragándose hojas de oro.

En China los sastres no hilvanan los trozos de los vestidos antes de coserlos, sino que los pegan interinamente con goma. Por lo general son tejidos de seda ó de algodón.

He aquí el medio de que se valen los piratas chinos para salvarse de los proyectiles de los buques europeos. Cuando ven el combate en mal estado, se lanzan al agua y juntamente con ellos echan gran número de cocos, que nadando sobre las olas no dejan distinguir lo que son cabezas verdaderas, y así los que nadan no pueden servir de blanco á los fusiles.

Diversos son los instrumentos de música que se conocen en el celeste imperio: acaso llegan á ciento. Solo en las colecciones arqueológico-etnográficas de Madrid pueden verse una porción de violas, guitarras, trompetas, etc., etc., pues sabido es que la sección de objetos y antigüedades chinas es tan variada como numerosa. Un instrumento chino que está haciéndose de moda en Europa es la *citara*, tal cual los chinos la usan. Su música se escribe, pero sus notas no tienen la menor semblanza á las nuestras, no teniendo tampoco idea de las líneas, pues cada sonido se representa por medio de un carácter ó letra china.

Así como en los duelos, entierros y funerales chinos el color blanco es el color de luto, también este color, por la analogía que tiene con la muerte, es la señal de guerra. En 1854 penetraban por la ría de Canton dos embarcaciones de los Estados Unidos, y queriendo demostrar el comandante que llegaban en demanda de paz, hizo enarbolar una bandera blanca, pero como allí equivale esto á un cartel de desafío, fueron contestados á cañonazos por las tropas chinas de los fuertes cercanos.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

La Real Academia de la Historia ha celebrado el domingo último junta pública para dar posesión de plaza de número al señor don Eduardo Saavedra, que leyó un interesante discurso de entrada, acerca de la geografía antigua de España.

Contestóle á nombre del cuerpo en discurso no menos interesante y correcto, como todo lo que produce su pluma fácil y castiza, el señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, individuo de número, uno de nuestros primeros literatos, y conocido en toda Europa por su

vasta erudición, de que dió eminente prueba al ilustrar la vida y obras del inmortal Quedo.

Don Timoteo Alfaro, bien reputado por sus estudios lingüísticos, acaba de publicar una traducción directa del hebreo, y en verso, de *El Cantar de los Cantares*, de Salomón. La edición está dedicada al distinguido orientalista y apreciable escritor D. Severo Catalina, y se halla enriquecida con curiosas notas. También el mismo señor Alfaro acaba de publicar con el título de *Oración Universal*, una colección de apólogos y meditaciones originales en verso, describiendo las leyes morales de la humanidad. De esta última producción damos á conocer hoy á nuestros lectores una de sus más lindas páginas, una de sus *meditaciones*.

Con el título de *Los idiomas y las razas*, ha publicado Mr. H. Chavée un interesante opúsculo acerca de la diversidad radical de las razas humanas, sentando entre otros corolarios que dos lenguas radicalmente diversas suponen necesariamente dos variedades primitivas de la organización cerebral propia de nuestra especie. (París, lib. de Chamerot; Madrid, lib. de Duran).

En Tarragona acaba de hacerse un nuevo descubrimiento arqueológico, la entrada á uno de los corredores ó galerías inferiores del palacio de Octaviano, desconocida de los tiempos actuales. Según puede deducirse, dicha galería estuvo destinada á poner en comunicación el referido palacio con la plataforma del Circo, y al mismo tiempo era una salida al exterior, única que se conoce.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sánchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Estrasjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.